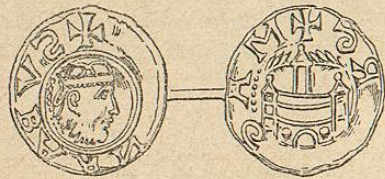


atrevimiento y actividad de Luis VII si los hubiera empleado solamente en servicio de la realeza. Pero el día de Navidad de 1145, cuando reunía su corte en Bourges para su coronación solemne, como era usado en las grandes fiestas, comunicó á sus barones una resolución cuyo secreto había guardado hasta entonces escrupulosamente. Estaba decidido á socorrer á los cristianos de Siria, en grave riesgo desde que Edesa había caído, hacía justamente un año, en manos de los infie-



Moneda de Conrado III (Magdeburgo)

les. Era la vez primera que un rey se comprometía á tomar la cruz. Así volvía á abrirse la era de las manifestaciones grandiosas debidas al espíritu de aventuras y religioso de los cristianos de Occidente.

II.—La segunda Cruzada (1)

¿A quién debemos atribuir la iniciativa de esta segunda toma de armas? Grave responsabilidad, ya que la expedición fué desastrosa. Unos la atribuyen al papa Eugenio III, otros á San Bernardo, y otros, finalmente, al rey de Francia. Parece que la primera idea de la empresa pertenece á Luis VII. Él habló antes que ninguno de dicho asunto, y su resolución originó la de Bernardo y del papa. Pero ¿qué motivo produjo semejante determinación en el rey de Francia?

La opinión más general pretende que Luis VII partiera á Tierra Santa, herido de remordimientos por la catástrofe de Vitri. Según ciertos contemporáneos, daba sencillamente cumplimiento á un voto de peregrinación, formulado por su hermano mayor Felipe, que había muerto antes de ponerlo en práctica; según otros, quiso expiar el perjurio que había cometido al reconocer á Pedro de la Chatre, violando un juramento prestado sobre reliquias. El historiador de la segunda cruzada, Odón de Deuil, aduce como razones el celo religioso del rey y sus deseos de salvar la Tierra Santa, amenazada de nuevo por el musulmán. La situación y el temperamento de Luis VII bastan para explicar su partida. Joven, ardiente, ávido de movimiento y de rei-

(1) FUENTES.—Entre los historiadores latinos, la Crónica de Odón de Deuil, en Migne, *Patrologie latine*, tomo CLXXXV. Los *Gesta Frederici I*, de Otón de Frensingén, y Rahewin en los *Scriptores rerum Germanicarum*, edición Waitz, 1884. Juan de Salisbury, *Historia pontificalis* (1148-1152), edición Arndt, en Pertz, *Scriptores*, tomo XX. Las *Gesta Ludovici VII*, sencilla traducción de las Crónicas de Saint-Denis, hecha en el siglo XIV; tienen poco valor histórico. Entre los historiadores griegos, Cinnamo, continuador de Ana Comnen en la colección de *Historiens des Croisades*, *Historiens grecs*, tomo I, 1875, y Nicetas, *ibíd.*

OBRAS DE CONSULTA.—Kugler, *Studien zur Geschichte des zweiten Kreuzzuges*, 1866. Vacandard, *Saint Bernard et la seconde croisade*, en la *Revue des Questions Historiques*, tomo XXXVIII. Hüffer, *Die Anfänge des zweiten Kreuzzuges*, en «Historische Jahrbuch», 1887. Bernhart, *Konrad III*, tomo II, 1883. Neumann, *Bernhard von Clairvaux und die Anfänge des zweiten Kreuzzuges*, 1882. Röhrich, *Geschichte von Königreich Jerusalem*, 1898.

do, al mismo tiempo que muy devoto, más poderoso que sus predecesores, dueño de la mayor porción de Francia y de un reino en que ningún peligro serio le amenazaba, soñaba con una empresa capaz de satisfacer á la vez sus deseos de gloria y sus sentimientos religiosos. La primera cruzada había sido, antes que todo, una obra francesa. Convenía al rey de Francia vigilar y completar los resultados.

La proposición del rey en la Asamblea de Bourges encontró tan poco entusiasmo en los barones, que Luis VII se vió forzado á citarles para una nueva reunión durante las fiestas de Pascua del siguiente año en Vezelai. La nobleza, diezmada por la cruzada anterior, se zafaba visiblemente. La idea no arrebató tampoco á los políticos, que pensaban, como Suger, que la ausencia del rey no se conciliaba con los intereses de la monarquía. La biografía del abad de Saint-Denis afirma que éste se declaró desde el principio contrario al proyecto. También el papa comenzó manteniéndose en la reserva. Eugenio III, tímido y circunspeto, tenía más que suficiente con defenderse de los romanos, súbditos siempre rebeldes, y con mantener contra los alemanes las prerrogativas del poder espiritual. Cuando tuvo conocimiento de la resolución de Luis VII, lanzó la bula destinada á provocar la toma de cruces y se dedicó á los detalles y preparativos de la empresa, pero sin manifestar el más mínimo entusiasmo. Hasta recibió con mucha frialdad un poco más tarde la noticia de que Conrado III de Alemania se había cruzado, y le reprochó á él y á su pueblo el haberse comprometido sin consultárselo previamente.

El mismo San Bernardo dudó al principio. Sin una orden expresa del papa no quiso emprender la predicación de la cruzada. Pero, una vez aceptada la idea, la hizo suya y se le rindió todo entero con aquella ardiente energía que hacía irresistible su voluntad. Muy dudoso todavía cuando la reunión de Bourges, el éxito de la cruzada se hizo seguro cuando San Bernardo la hubo predicado en Vezelai (1146). Viéronse entonces reproducidas á los pies del improvisado púlpito desde donde hablaba á la muchedumbre las escenas de entusiasmo que habían tenido lugar en Clermont. Faltando paño para las cruces, Bernardo rasgó sus vestiduras é hizo de ellas cruces para sus oyentes. Habíase pronunciado el oráculo universal y el santo pudo escribir al papa: «He abierto la boca, he hablado y repentinamente los cruzados se han multiplicado hasta el infinito. Los villorrios y las villas están desiertos. Difícilmente encontraríais un hombre por siete mujeres. Por todas partes andan viudas cuyos maridos están vivos todavía.»

Bernardo quiso dar á la cruzada proporciones colosales. A él se debe la iniciativa de ofrecer el emperador Conrado III como compañero de camino al rey de Francia. El emperador comenzó resistiéndose; las razones le sobraban para no abandonar sus Estados. Pero la elocuencia del santo y los innumerables milagros que sembraba en su camino dieron al traste con todas las razones. La dieta de Spira, en que el emperador cedió



El rey Conrado III.
(Del códice *De passagiis in Terram Sanctam.*)

á la corriente popular y se hizo cruzado, corrió parejas con la asamblea de Vezelai. En ella se decidió la cruzada alemana.

Las miras del poderoso agitador no paraban aquí. Por sus cartas y sus inflamadas circulares asoció todos los restantes países del Occidente, la Inglaterra entre ellos, al pensamiento común. Tuvo la grandiosa idea de atacar á la vez por tres puntos diferentes al pueblo infiel ó pagano que la primera cruzada había combatido en Siria solamente. Mientras la gran armada se dirigía sobre Tierra Santa, otras dos cruzadas particulares debían operar, la una á lo largo del Elba contra los eslavos, y la otra en Portugal contra los musulmanes de África, dueños de Lisboa. Todas las fuerzas de la Europa latina movilizadas al mismo tiempo; el islamismo atacado al Este por la inmensa caballería que se destacaba de Francia y de Alemania, al Oeste por una flota de ingleses y flamencos; el paganismo eslavo combatido por un ejército de cien mil alemanes: tal fué el resultado de la propaganda de San Bernardo y su milagro más auténtico. El rey de Francia tuvo el primer pensamiento de la cruzada; pero quien la hizo fué el abad de Claraval, porque él solo era capaz de vencer la resistencia de los señores feudales y de empujar la Europa entera contra el Oriente.

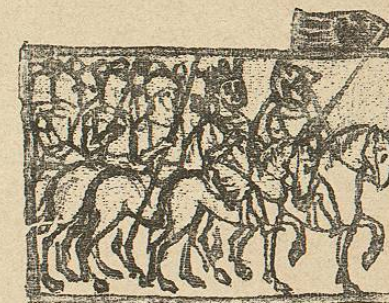
Por otra parte, la segunda cruzada respondía á una necesidad evidente. La toma de Edesa por el emir de Mossoul, Zengui, comprometía seriamente la obra de la primera cruzada que tanta sangre había costado á los latinos. Antioquía y Jerusalén estaban amenazadas. «El mundo tiembla y se agita, gritaba Bernardo, porque el Rey del cielo ha perdido su tierra, la tierra donde en otros tiempos sus plantas se posaron. Los enemigos de la cruz se disponen á profanar los lugares consagrados por la sangre de Cristo: levantan las manos hacia la montaña de Sión, y si el Señor no vela, pronto está el día en que se precipitarán sobre la ciudad del Dios viviente.»

La cruzada de San Bernardo no solamente difiere de la de Urbano II por la concepción razonada de un ataque de conjunto dirigido contra las diversas partes del mundo musulmán y pagano: revela además un esfuerzo de orden, de regularidad y de prudencia. El papa prohibió á los cruzados llevar consigo perros y halcones; hasta les impuso un modo especial de armas y vestidos. Más le hubiera valido todavía impedir que les siguieran sus mujeres y sus camareras; pero esto era difícil, ya que el propio Luis VII daba el pernicioso ejemplo de partir con Alienor.

Otro progreso fué el presentarse los combatientes regulares de 1147 en masas menos numerosas que los barones y los caballeros de 1095. El ejército de Luis VII apenas contaba con más que con 70.000 hombres de armas: el de Conrado III alcanzaría un número semejante. Tratábase ahora de ejércitos casi nacionales marchando bajo las órdenes de su rey. Basta de bandos desordenados tomando la delantera y comprometiendo con sus excesos la suerte de los caballeros que debían seguir la misma ruta. «Si hay entre vosotros—escribe San Bernardo á los alemanes—quienes quieran adelantarse al ejército del reino, no soportéis tamaña audacia. Si se dicen enviados por nosotros, negadlo. Si os muestran cartas nuestras, tenedlas por falsas ó falsificadas.

Importa que se elijan por jefes hombres versados en el arte de la guerra. Es necesario que la armada del Señor parta toda entera al mismo tiempo, á fin de que se encuentre en todas partes fuerte y al abrigo de todo ataque violento. ¿No habéis oído hablar algunas veces de aquel monje llamado Pedro, tan célebre durante la primera cruzada? Se lanzó á tales peligros, que su ejército sucumbió á un número inferior, aniquilado por el hierro ó por el hambre. Procurad que una falta parecida no os prepare la misma suerte.»

La cruzada de 1147, mejor preparada, más regularmente organizada, tuvo, desde cierto punto de vista, un carácter menos popular que la precedente. Sin em-



Conrado III en marcha.
(Del códice *De passagiis in Terram Sanctam.*)

bargo, y por desgracia, la opinión cristiana no permitía considerarla exclusivamente como una simple operación militar. Continuaba tomándola como una peregrinación, como un medio expiatorio de pecados. Se dejó adherirse á los caballeros la muchedumbre de penitentes atraída por la perspectiva de indulgencias concedidas y de dominios prometidos. San Bernardo mismo tuvo que hacer llamada á la multitud de peregrinos irregulares y aun sin armas, ya que se hacía la cruzada para salvar las almas tanto como para combatir á los enemigos de la fe. «¿No es una invención exquisita y digna del Señor—escribía á los habitantes de Spira—el admitir á su servicio homicidas, ladrones, adúlteros, perjuros y tantos otros criminales, ofreciéndoles con ello una ocasión de salud?» El resultado fué que la caballería de Francia y de Alemania arrastró en pos de sí un número excesivo de gente de á pie, mujeres y niños. Fué necesario hacer andar, defender y nutrir á estos inútiles, necesidad que pasó como una carga sobre la expedición.

Luis VII, en la asamblea de Etampes, había fijado el itinerario. El rey de Sicilia Roger II quiso evitar al rey francés la peligrosa y larga travesía de Alemania, de Hungría, de Grecia y del Asia Menor. Propu- 1147 so transportarle directamente por mar á Tierra Santa. Luis VII prefirió el camino por tierra que habían seguido Godofredo de Bouillón y la mayor parte de los peregrinos de la gran cruzada. Las cosas habían sido dispuestas por Bernardo de tal manera que Luis VII no podía separarse de Conrado III. El ejército de Francia y el de Alemania debían efectuar su marcha y sus operaciones á poca distancia uno del otro. Por otra parte, el rey de Sicilia estaba en hostilidad perpetua con el emperador de Constantinopla Manuel Comeno y los cruzados persistían en la idea de que la alianza bizantina, es decir, la unión de los cristianos de Oriente y

de Occidente era la base necesaria de una expedición contra los turcos.

En junio de 1147 Luis VII partió de Metz con los condes de Dreux, de Soissons, de Nevers, de Tolosa y de Flandes. El ejército francés se concentró en Maguncia y se unió al de Conrado en Ratisbona. Juntos llegaron al Imperio griego. Era la primera vez que franceses y alemanes se encontraban en contacto para una expedición común. Bernardo pensaba encontrar en su cooperación la garantía de un éxito final. Sus esperanzas fueron singularmente fallidas. No solamente los ejércitos de Luis y de Conrado marcharon, en general, aisladamente; pero aun se dieron con frecuencia muestras de antipatía de que los mismos griegos quedaron maravillados. Al decir de su historiador, Cinnamo, los franceses despreciaban á los alemanes; se burlaban de la pesadez de su armadura y de la lentitud de sus movimientos, diciéndoles en su lengua: «¡Azza, alemán!» El cronista francés Odón de Deuil los pinta como mandrines y borrachos, cuyos excesos en tierra griega comprometieron desde los comienzos la expedición. Los dos ejércitos se hacían competencia en los mercados para la adquisición de provisiones. «Los alemanes —escribe Odón— no querían tolerar que los nuestros adquiriesen nada, sin haberse provisto antes ellos mismos ampliamente de cuanto querían. Fué consecuencia de todo esto una disputa con espantosos clamores, pues no entendiéndose los unos á los otros, todos gritaban á voz en cuello y hablaban sin resultado.»

La falta de inteligencia entre latinos y griegos vino á agravar la situación. El emperador Manuel no se resignaba á dejar atravesar á los occidentales su territorio, aprovisionándose en él sin la esperanza de aprovecharse luego de sus conquistas. Cuando se dió cuenta de que era preciso renunciar á ello, sus desconfianzas se convirtieron casi en hostilidad. Es probable que los historiadores latinos de la cruzada hayan exagerado la perfidia de Bizancio, demasiado fáciles en hacer responsable á Manuel de las medidas tomadas por sus funcionarios ó por las autoridades locales. La verdad, sin embargo, es que los griegos trataron á los cruzados más frecuentemente como enemigos que como auxiliares. Los guías que les procuraron traicionaban y confundían á los que estaban encargados de conducir. Y los griegos hicieron todo lo que pudieron por aumentar el hambre de los latinos en lugar de proveerles. Pero es necesario tener en cuenta los temores más que fundados que despertaban en ellos sus hermanos de Occidente.

Habiéndose detenido un pariente de Conrado en un monasterio de Andrinópolis, fué asesinado por algunos soldados griegos. El duque de Suabia incendió el monasterio y degolló á los monjes. Los historiadores latinos pretenden que los soldados griegos habían obrado naturalmente cumpliendo órdenes de Manuel, cosa que niegan los historiadores griegos. Un día un peregrino flamenco, desvanecido á la vista de las mesas cubiertas de oro que servían á los agentes de cambio griegos, se puso á gritar «¡Haro, Haro!» y tomó de las mesas cuanto le convenía. Por su audacia y por lo crecido del botín excitó á sus compañeros á imitarle. Mientras éstos se echaban sobre todas las mesas, los otros que tenían dinero que salvar huían también por todas partes. Iban

creciendo los gritos y el furor, las mesas fueron derribadas y el oro pisoteado y robado. Temerosos de la muerte y despojados de lo suyo, huyeron los cambistas. Luis VII reclamó al conde de Flandes los perjuicios que esta tropelía había ocasionado y le hizo prender inmediatamente.

No solamente los alemanes trataban el imperio como país conquistado, pero llegó también á oídos del emperador Manuel que uno de los jefes del ejército francés, el obispo de Langres, Godofredo, había propuesto abiertamente apoderarse de Constantinopla. Luis VII no consintió en ello. Los ejércitos cristianos pasaron al Asia Menor, donde peor destino les esperaba. En esta peligrosa expedición Luis VII no se comportó solamente como hombre valeroso exponiendo su vida por los suyos, sino que se mostró además jefe de su pueblo, prodigando su dinero á los peregrinos hambrientos y hasta tentando—cosa más difícil—mantener una severa disciplina entre sus soldados. «Para castigar los excesos, dice Odón de Deuil, les hacía con frecuencia cortar las orejas, las manos y los pies; pero ni esto era bastante á contener sus furiosos arrebatos.»

Conrado, sin embargo, tentado por los griegos, tuvo la idea desdichada de separarse de Luis VII para marchar sobre Iconio. Pero sus guías le abandonaron y el cuerpo de su ejército fué atacado por los turcos cerca de Dorilea (octubre de 1147). «Tenían los turcos caballos fuertes, ágiles y favorecidos de un largo reposo. Iban ligeramente armados, la mayor parte con un arco y flechas solamente. En el momento de caer sobre el ejército alemán, gritaban, aullaban y ladraban como perros: herían sus tambores y hacían sonar sus otros instrumentos con un son horrible, para sembrar, según costumbre, el pánico entre las huestes enemigas. Los soldados del emperador, armados de corazas, quiotes, cascos y escudos, podían apenas con semejante pesadez de armas, y sus cansados caballos estaban extenuados de flaqueza. No podían perseguir, por consiguiente, á los turcos, que disparaban sobre ellos sus flechas casi á tiro.» Después de esta carnicería en que los alemanes perdieron casi la décima parte de su efectivo, Conrado se decidió á reunirse con Luis VII. El rey de Francia le recibió «como hermano;» pero humillado por su desastre el alemán, deshizo lo andado y regresó solo á Constantinopla. Quejóse al emperador Manuel de las burlas con que, según él, no dejaban los franceses de abrumarle. Y de aquí se hizo transportar por mar á San Juan de Acre.

El ejército francés procuró no arriscarse por lo interior del Asia Menor, como sucedió á los soldados de la primera cruzada. Siguió la costa, tomó el pasaje de Meandro, y desde Laodicea se dirigió por la montaña directamente sobre el puerto de Atalia. Pero en este trayecto se cometieron gravísimos errores. La vanguardia, á las órdenes de un noble de Poitou, Godofredo de Rancón, para llegar prontamente al campamento en la llanura, dejó muy atrás al grueso del ejército. Los turcos sorprendieron en un desfiladero en que les era imposible la defensa á una muchedumbre numerosa de peregrinos. Los que no fueron sacrificados rodaron por los precipicios con caballos y bagajes. Luis VII, casi aislado en un peñasco, al abrigo de un árbol, se resistió contra varios enemigos que le tomaron por un simple solda-

do. Finalmente pudo dar con un caballo y se unió á su vanguardia, donde le tenían por muerto. Llegó á Atalia con el desecho de sus tropas; pero entonces comenzó su obra el hambre, y el descanso en Atalia equivalió á una catástrofe.

Luis VII se vió en la precisión de abandonar una parte de sus tropas que los griegos destruyeron, y se embarcó en Atalia para Antioquía. Si hubiera podido permanecer en esta villa y tomarla como base de operaciones, tal vez con los caballeros que le quedaban pudiera haber acabado obra útil, haciendo un golpe de efecto al entrar en Edesa. Pero los desastres en el Asia Menor todavía no habían hecho comprender á los cristianos la necesidad absoluta de la unión. Los príncipes establecidos en Siria, los soberanos de Jerusalén, de Trípoli y de Antioquía no se supieron aprovechar de la presencia de los cruzados, según costumbre, más que para satisfacer sus intereses particulares. Alienor quiso hacer de Luis VII el instrumento de sus deseos de conquista. Aunque en vano, intentó disuadirle de sus deseos de dirigirse á Jerusalén. El devoto Capeto tenía impaciencia por ver la ciudad sagrada; y por otra parte, había otra razón que le hacía abandonar Antioquía.

Partiendo á la cruzada no había querido separarse de Alienor. Ahora bien: en Antioquía tuvo bruscamente lugar un gran escándalo (marzo de 1148). Raimundo de Aquitania tenía con su sobrina entrevistas tan largas y frecuentes que pusieron en sospechas á Luis VII. Sus sospechas se aumentaron cuando, deseoso de partir de Antioquía para Jerusalén, encontró á la vez oposición en Alienor y el príncipe. «Este pretendía, con el permiso del rey—decía,—conservar consigo á su sobrina. La reina declaró abiertamente á su marido que se negaba á seguirle y que no podían continuar viviendo juntos legalmente por razón de parentesco en cuarto ó quinto grado. Turbóse profundamente el rey, y aunque muy prendado de su mujer, habría consentido voluntariamente en la separación si sus consejeros no le hubieran disuadido. Uno de sus más íntimos palaciegos, Thierry Galerán, un eunuco á quien la reina detestaba y de quien hacía burla habitualmente, convenció al rey de no dejarla por más tiempo en Antioquía. Sus relaciones con su tío no eran tal vez inocentes por completo, pero en último término, no convenía añadir á los desastres de la cruzada la deshonra de la corona real, regresando á Francia sin su esposa. Este acuerdo prevaleció. Luis VII partió rápidamente de Antioquía, arrastrando casi por la fuerza á Alienor, y los dos llegaron á Jerusalén, disimulando sus sentimientos, pero con el corazón desgarrado (1).»

En Jerusalén, el rey de Francia juntó los restos de su armada á los de la alemana, y faltó de mejor solución, combinó con Conrado III y con el rey de Jerusalén, Balduino III, un ataque á Damasco. La toma de esta plaza importante no podía compensar del desastre, ya cumplido é irreparable, pero habría cuando menos puesto á salvo el honor. Los desgraciados cruzados no tuvieron siquiera este consuelo. Acampados ante Damasco entre los huertos y jardines que circundan sus muros, hubieran podido apoderarse de la ciudad con un poco de paciencia. En una serie de encuentros hizo Conrado

prodigios de valor. Se le representa cortando por la mitad con su espada, desde los hombros al muslo, á un sarraceno armado de todas armas. Desgraciadamente los dos cruzados cedieron á la idea sugerida de intentar un ataque por sitio menos propicio. Encontráronse en una llanura arenosa y ardiente, sin víveres y sin medio de procurárselos, al pie de altísimas murallas. Habían penetrado refuerzos en la ciudad: en una palabra, los reyes se decidieron á levantar el sitio y todo se dió por perdido.

También hizo pronto su obra la traición. Vióse, si debemos creer á los historiadores árabes, algo más incomprensible y vergonzoso que lo que se había visto



Luis VII en marcha.

(Del códice *De passagiis in Terram Sanctam.*)

hasta entonces. Los musulmanes sitiados, negociando en secreto con los latinos de Siria y comprando su concurso para hacer fracasar el último esfuerzo de la cruzada. «Los franceses—dice la crónica siria de Abulfaradj—atacaron valerosamente la ciudad (Damasco) y se establecieron cerca de las aguas, en los jardines que circundan las murallas. Moyn-Eddin, que la gobernaba, envió secretamente mensajeros al rey de Jerusalén, y obtuvo de él, á fuerza de dinero y de plegarias, que se retirara. Dió al rey doscientas mil piezas de cobre ligeramente recubiertas de oro. Dió cincuenta mil más de la misma especie al duque de Tiberíades, y los cristianos no se dieron cuenta de la traición hasta que habían levantado el sitio. Según otro historiador, el emir de Damasco hizo creer á los latinos de Siria que si los cruzados de Luis VII y de Conrado entraban en Damasco, se apoderarían asimismo de Jerusalén.»

Los dos reyes regresaron vergonzosamente á esta ciudad. Conrado se dió prisa en regresar por tierra á sus Estados. Luis VII, después de tantos desaciertos, cometiéndose el de permanecer indefinidamente en la ciudad santa, creyendo compensarse de sus fracasos por las obras piadosas y visitas á todos los santuarios. Fueron necesarias las cartas decisivas de Suger para recordarle que tenía un reino que administrar y determinarle á darse al mar para volver. Después de haberse detenido algún tiempo en Sicilia y Roma, Luis VII y Alienor volvieron á entrar en Francia casi solos. Apenas quedaba nada del ejército brillante que dos reyes habían alistado. La cruzada de san Bernardo terminaba en un fiasco lamentable y escandaloso. ¡Una bancarrota del hombre de Dios!

No se comprendía cómo una expedición predicada por un santo, iniciada por tamaños milagros, hubiera parado en tal desastre. El propio abad de Claraval llegó casi á acusar á la Providencia: «Diríase que el Señor,

(1) *Historia Pontificalis*, de Juan de Salisbury. Tomo II

provocado por nuestros pecados, haya olvidado su misericordia y venga á juzgar la tierra antes del tiempo señalado. No ha perdonado á su pueblo; no ha perdonado siquiera su nombre; y los gentiles han exclamado: ¿En dónde está el Dios de los cristianos? Los hijos de la Iglesia han perecido en el desierto, heridos por la espada ó consumidos por el hambre. El espíritu de división se ha desatado entre los príncipes cristianos y el Señor los ha abandonado en caminos impracticables. Anunciábamos la paz, y la paz no ha venido. Prometíamos el éxito, y he aquí la disolución. ¡Ah! En verdad es un gran abismo y puedo declarar bienaventurado al que no se escandalice de él.» Y el escándalo llegó hasta conmovier la popularidad del santo. «Con buena voluntad—dijo—recibo los lengüetazos de la maledicencia y los tiros ponzoñosos del blasfemo, á fin de que no lleguen hasta Dios: consiento en ser deshonrado con tal que no se manche su gloria.»

Ciertos historiadores de Francia, y sobre todo de Alemania, pusieron en duda los milagros que habían dado testimonio de la misión de San Bernardo: grandes debían ser, para expresarse así, la sorpresa y la desolación del pueblo cristiano. Sin embargo, un pequeño grupo de hombres inteligentes, y entre ellos los historiadores de la segunda cruzada, se limitaron á explicar el desastre por los vicios de los cruzados, la desunión de los jefes, la perfidia de los griegos y la traición de los cristianos de Siria. Otón de Freisingen, obispo y hermano del emperador Conrado, llega á demostrar con todo rigor escolástico que si la cruzada había sido mala en su conclusión, había sido beneficisísima, en cambio, para la salud de las almas. ¿No había procurado el martirio á los caballeros y peregrinos muertos en defensa de la cruz?

El más desdichado de todos era sin duda Luis VII, sobre todo después de salir de Tierra Santa con su esperanza de gloria aniquilada y su bienestar doméstico destruido. «En cuanto á la reina, vuestra esposa, le escribía Suger, os aconsejamos, si bien queréis, disimular vuestro enojo, hasta que vuelto á vuestra casa, gracias á Dios, podáis arreglar este asunto con todos los demás.» Vencido y humillado, el rey tuvo por lo menos este consuelo: encontrar el reino en la misma tranquilidad en que lo había dejado. Suger lo había administrado, como gobernaba su abadía, á la perfección, y ha llegado el momento de poner de relieve la gran figura del abad de Saint-Denis, consejero de dos reyes Capetos y rey de hecho durante dos años (1147-1149).

III.—Suger y la Regencia (1)

Este monje era muy bajo de estatura, delgado, poca cosa y débil de salud. Salido de muy abajo, había podido llegar muy arriba por el espíritu recto de su conducta, la inteligencia en los negocios, el sentido prác-

(1) FUENTES.—En las *Œuvres complètes de Suger*, publicadas por Lecoy de la Marche, 1867; la *Vita Sugerii*, por el monje Guillermo, los dos tratados de Suger ó memorias sobre su administración, el *Liber de rebus in administratione sua gestis* y el *Libellus de consecratione ecclesie Sancti Dionysii*, las cartas y la correspondencia de Suger. Las cartas están publicadas en el tomo XV de los *Historiens de France*. Las *Gesta Ludovici regis*

tico y el trabajo. Tenía una memoria extraordinaria y hablaba bien: sus contemporáneos lo comparaban á Cicerón; y efectivamente, como abogado y encargado de los negocios de la abadía de Saint-Denis, se hizo lugar desde el principio en el palacio de los Capetos. Con Luis VII como con Luis VI su oficio principal fué la dirección de los negocios eclesiásticos; pero en una época en que la Iglesia se inmiscuía en todo y lo podía todo, nada escapaba á su competencia y á su increíble actividad. Además, el conocimiento de los hombres y sus costumbres, la moderación de carácter, el amor á la paz y á la concordia y un desinterés absoluto, todo contribuía á designarle como el ministro necesario, hecho para gobernar al lado del rey y para reemplazarle en caso necesario.

No quiere todo esto, sin embargo, decir que Suger lograra siempre imponer sus ideas y sus preferencias políticas á los soberanos á quienes aconsejaba. De 1140 á 1147 no prevaleció su influencia cerca de Luis VII, y aun los actos más importantes del joven rey, la cruzada inclusive, no contaron con su consentimiento. Hizose el apoyo y el sostén del reino, pero no lo dominó jamás. Por otra parte, aunque jefe de los palaciegos y hombre de confianza del rey, no dejó nunca de ser también el hombre de confianza de la Iglesia, de quien era, como abad de Saint-Denis, uno de los más ricos y poderosos señores. De aquí nace en sus juicios y amistades una cierta independencia que extrañaría, si no supiéramos que la Iglesia, potencia universal, era superior á los odios de los partidos políticos y á las querellas de los reyes.

Hombre del justo medio, cuidadoso de evitar las complicaciones y conflictos, trataba Suger, en política, de dar con la manera de contentar á todos, y lo extraño es que lo alcanzó. Tuvo amistades un tanto singulares. El, eclesiástico modelo, tuvo estrecha relación con el archidiacono Esteban de Garlande, ambicioso, de malas costumbres, que no tenía de clérigo más que la tonsura. Se conservó amigo siempre del alto feudatario, enemigo el más dañino de sus dos reyes y de la realeza, el conde Thibaut de Champaña. Muéstrase en su historia muy favorable á la casa real anglo-normanda, enemiga hereditaria de los Capetos. Compuso un pomposo elogio del príncipe Enrique de Beauclerc, á quien Luis VI combatió toda su vida, y no dejó jamás de mantener con él afectuosas relaciones. Entre ingleses y franceses aparece siempre el abad de Saint-Denis como una potencia neutra, amiga de unos y de otros, contristada de verlos en lucha y dispuesta siempre á conciliarlos. En desquite habla con desprecio y cólera siempre de los alemanes y de su emperador Enrique V.

Su gusto por la paz y su espíritu de moderación justifican lo poco que se sabe de sus principios y costumbres como administrador (2). Puede adivinarse que era

cognomento Grossi ó *Vie de Louis le Gros*, editada por A. Molinier, 1887.

OBRAS DE CONSULTA.—Otto Cartellieri, *Abt Suger von Saint-Denis*, 1897. A. Molinier, prefacio de su edición de la *Vie de Louis le Gros*, 1887. Luchaire, introducción á los *Annales de la vie et du règne de Louis VI le Gros*, 1890. Lecoy de la Marche, introducción á las *Œuvres complètes de Suger*. Hirsch, *Studien zur Geschichte König Ludwigs VII von Frankreich*, 1894.

(2) Escribiendo la historia de Luis VI y hasta en los comienzos de la de Luis VII habla raramente de sí mismo. Gusta de di-

firmísimo en el ejercicio de los derechos monárquicos, pero conservador por instinto y enemigo de las medidas violentas. No gustaba de mostrarse severo con los funcionarios y los destituía sólo cuando le era imposible continuar dejándoles en su sitio. «Nada más peligroso—decía—que cambiar inconsideradamente el personal administrativo. Los oficiales destituidos cargan, al marcharse, con todo lo que pueden, y los que entran á reemplazarles, temiendo ser tratados como sus antecesores, se despachan á su gusto para hacer fortuna.»

El cuidado de la cosa pública no le hizo jamás abandonar su abadía. Triplicó, en cambio, y elevó al cuádruplo sus ganancias por medio de una administración original. En lugar de apurar á sus súbditos, aligeraba sus cargas, les libraba de las exacciones de los prebostes, de los procuradores, de los castellanos, y limpiaba la tierra de Saint-Denis de los parásitos feudales que la devoraban. Oportunos rescates, tratados hábilmente redactados, ventajosos cambios y con frecuencia el ejército real empleado de intento contra los más incorregibles bandoleros, le habían hecho recuperar todas las propiedades, rentas y derechos lucrativos robados á la abadía. Pudo repoblar y devolver la cultura á una infinidad de localidades degeneradas en desiertos.

Ya en 1125 daba uno de los más antiguos ejemplos de la emancipación colectiva de una localidad entera, libertando del poder eclesiástico á los habitantes de la villa de Saint-Denis y á algunas familias del feudo de San Marcelo. Fué uno de los primeros y acaso el primer señor de la Isla de Francia, que creó una ciudad nueva, haciendo que campesinos y nómadas la poblaran por las infinitas exenciones de impuestos y privilegios considerables. Su nueva ciudad de Vaucresson sirvió de modelo á las muchas que Luis VII había de multiplicar en diferentes sitios de su real dominio: creaciones tanto más preciosas, puesto que ofrecían un asilo seguro á los pueblos desheredados y enriquecían á la larga la señoría.

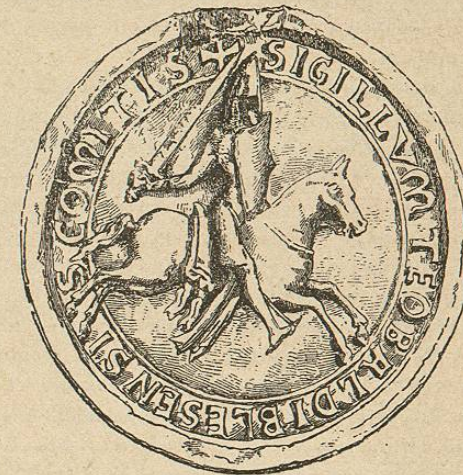
Quiso Suger dejar magníficos testimonios de su actividad y devoción, aumentar los tesoros religiosos de Saint-Denis y hacer digna de sus reliquias á la Iglesia. Convencido de que nada era demasiado hermoso para ornar la morada del Santo, protector especial de la dinastía y del reino, adquiere por todas partes donde las encuentra, perlas, diamantes, piedras preciosas, hace venir los más hábiles plateros de Lorena, acumula los cálices, los relicarios, las cruces, las telas suntuosas, reviste de oro y pedererías los altares, y finalmente, reedifica la iglesia misma bajo un plan más vasto y según mejores procedimientos que la antigua. Se ha visto (1) por qué modo la iglesia de Saint-Denis fué solemnemente consagrada en 1144: lo que constituyó para Suger un verdadero triunfo y tal vez uno de los goces más grandes de su vida. Tenía, en honra de Dios, el gusto del lujo y de las cosas bellas, y derrochó un celo de verdadero cono-

simularse tras el grupo anónimo de los palaciegos y llega á despistar sobre el verdadero papel que desempeñaba entre ellos. Para formarse una idea de su política, es necesario recurrir á los insignificantes detalles de las cartas que escribía ó recibía (la mayor parte de ellas sólo relativas á los últimos cinco años de su vida) y al panegírico, demasiado corto y demasiado vago, que le consagró Guillermo, uno de sus monjes.

(1) Véase el tomo I, página 615.

cedor al procurarse objetos de arte. Con orgullo ingenuamente manifiesto enumera una á una sus riquezas y compara su tesoro con el de Santa Sofía de Constantinopla. Copia el texto de cuantas inscripciones ha hecho grabar y en ellas aparece su nombre con frecuencia. Diríase que cifró en eso suyo su gloria y que desprecia la restante.

Pero sus contemporáneos lo admiraban por otras causas. «Era profundamente docto en estudios liberales, disertaba con rara sutileza sobre puntos de retórica, de dialéctica y de teología, y estaba lleno de la lectura de los libros santos y de los poetas de la antigüedad, hasta el punto de recitar de corrido hasta veinte y trein-



Sello de Thibaut, conde de Blois

ta versos de Horacio. Como literato gustaba de beber en las fuentes profanas. La *Historia de Luis el Grande* abunda en citas ó reminiscencias de Horacio, Juvenal, Ovidio y sobre todo Lucano, á quien Suger se sabía de memoria y del que imitaba todos los defectos: énfasis, afectación y concisión llevada á la obscuridad. En suma, un estilo nunca anodino, siempre oratorio y movido, pero forzado, áspero é incorrecto. Suger no es un escritor, ni es historiador más que á medias, ya que su vida de Luis VI resulta más bien una crestomatía de las acciones de su héroe y un libro de edificación para los devotos de la Casa Real y de la Iglesia. Falta el rigor cronológico; hay lagunas voluntarias en el relato de hechos que nos interesaría mucho conocer. Pero puede creérsele en todo cuanto afirma, puesto que ha sido testigo ocular y actor de la mayor parte de los acontecimientos que relata. El siglo XII ha producido historiadores más precisos, más instructivos, pero no más autorizados ni interesantes.

Para comprender la originalidad de esta figura de fraile es necesario considerarla dentro de su tiempo. La reforma eclesiástica estaba entonces en su apogeo: el monaquismo se transformaba en la observancia ascética: los apóstoles de la austeridad y la mortificación intentaban libertar á la Iglesia de sus lazos temporales para elevarla á una altura espiritual desconocida hasta ellos. Y vióse á este religioso de Saint-Denis vivir en los palacios de los reyes, en medio del torbellino de los negocios, dirigir el mundo en lugar de huirlo y, saliendo del palacio, absorberse en los intereses materiales de su señoría! Este monje no ha dejado más estudios que los